

Luis Durán, contador de historias

El autor de Oñate publica *Antoine de las tormentas*, una historia de piratas en la que la aventura, como en los mejores relatos literarios, es la excusa argumental para hablarnos de un viaje interior

DESPUÉS de haber conseguido en el Salón del Cómic de Barcelona del año pasado el premio al Autor Revelación del año 2001 con su obra *Vanidad* (Ediciones Sins entido) y en el de este año, celebrado hace sólo un par de meses, el premio al Mejor Guión del año 2002 con *Atravesado por la flecha* (Astiberri), Luis Durán (Oñate, 1967) publica su obra más extensa y ambiciosa, que es también la más bella, la más emocionante.

Por una de esas casualidades, he releído estos días pasados algunas de sus primeras historias, las que publicó en cuskera en la revista *Habebo Mik*, entre 1988 y 1991. Eran historias breves, de corte humorístico e irreverente. Durán es uno de esos raros autores peninsulares de cómics que han perseverado en la creación de relatos gráficos desde entonces, superando las imposibilidades de un mercado carente de estructura con la tenacidad de quien tiene algo que decir y lo dirá, aunque sea recurriendo a los fanzines o la autopublicación. Pese a su progresión como creador, visible en la decantación de un estilo personal y en la progresiva densidad y eficacia de sus historias, sus últimos títulos representan un enorme salto adelante, en particular este *Antoine de las tormentas*, que nos lo muestra como un narrador maduro, que domina a la perfección los instrumentos de su oficio. En una entrevista reciente, el dibujante se presenta a sí mismo en estos términos:

“Mi nombre es Luis Durán y soy un contador de historias. Es lo más parecido a un trovador que va de pueblo en pueblo. A veces pienso que tengo más en común con un hombre de farándula que con un artista. No por el contador, que en este caso soy yo, sino sobre todo por el receptor, que confío en que sea gente de a pie; gente a la que le gusta conocer otras vidas.”

Relato intimista

Antoine de las tormentas cuenta una historia de piratas a la que ni siquiera le falta su batalla naval, su abordaje y su carnicería; también juega su argumento con conjuros y adivinaciones, un esqueleto encadenado como escarmiento en el puerto, un tesoro escondido y desenterrado por azar, un pirata que navega en un barco fantasmal, tormentas y ejecuciones. Y sin embargo, todas estas peripecias contribuyen a un relato intimista, de ritmo pausado, que se interesa sobre todo por el mundo interior del protagonista, sus recuerdos y sus imaginaciones, pues ese mundo define, como en los relatos de Faulkner, su destino. El lector sigue las aventuras de Antoine, de tortuguero a asesino involuntario y a pirata por casualidad, pero lo que a la postre da sentido a toda su peripecia es su modo particular de vivir.

La primera página de la historia, enunciada en forma de recuerdos, nos lo presenta en su Saint-Domingue natal, cuando tenía cinco años y unas llagas en el paladar que aconsejaron a su madre llevar-



Primera plancha de *Antoine de las tormentas*

lo a consultar a una curandera mulata. Pero, simultáneamente, la voz narrativa en primera persona nos introduce la valoración que el mismo personaje, ya maduro, hace de su trayecto vital. Antoine niño juega con el gato mientras su madre cose y se pincha en el dedo con su aguja; Antoine hombre nos habla del destino que desde siempre le fue adverso, de sus actos, que “no hicieron sino completar un desastre ya de por sí natural” y de su vida, resumida en la imagen de “una oscura tormenta”. Y tales son, en efecto, los elementos con que Durán traza el rumbo vital de su personaje y no sólo en esta obra, sino en las que lleva dibujadas durante los últimos años, es decir, las citadas en el despiece, a las que se puede sumar *La tierra negra* (De Ponent, 2002). En todas ellas, los protagonistas aparecen dominados desde un inicio por un destino personal que decide su trayectoria. Sus relatos se configuran, por eso mismo, como tragedias. La aventura que rueda en su superficie, incluso con derroche de ruido y furia, es sólo el aparato externo de otra aventura interior por la que el personaje va encontrando una a una las vicisitudes de su fatalidad. La aventura es, como en los mejores relatos literarios, la excusa argumental, el anzuelo que

del primer capítulo introductorio, para no volver a hacerse presente en esa historia principal sino en su desenlace. Ese uso estratégico basta para presentar el conjunto de la obra como una narración por la que el propio protagonista lo recuerda todo desde sus páginas finales. Entre esos capítulos de la acción principal el autor ha intercalado otros relatos, que distinguen un formato de página diferente —una mancha que ocupa dos tercios de la altura de las demás planchas y viñetas separadas sólo por una línea, en lugar del canalón convencional— y otro modo de contar, pues en ellos la voz narrativa es tan fundamental y determinante como en los cuentos tradicionales que les sirven de molde narrativo. Esos relatos intercalados, tan nitidamente diferenciados, no contribuyen a la línea argumental de la vida de Antoine, de la niñez a su final de pirata condenado a la horca, sino que aportan recuerdos suyos. En particular, reúnen una colección de relatos que cuando niño oyó contar a su madre, “Los cuentos de mi madre Irene”, que llevan siempre títulos de una sonora poeticidad: “Denis de los relámpagos”, “Dominique de los espejismos” y “Don Fascinante de los sepelios”. Es obvio que la obra que los incluye se titula *Antoine de las tormentas* porque sigue el mismo patrón; la semejanza se extiende, más allá del título, a la pauta que rige las existencias de esos personajes de cuento. Se caracterizan

Su territorio no es el de la geografía exacta del Caribe, sino el país de Nunca Jamás



atrapa la atención del lector y le invita a interesarse por la existencia y los sentimientos de ese protagonista de tragedia.

Durán ha estructurado el relato en capítulos separados, cada uno con su título, que narran momentos de la vida de Antoine. La voz narrativa en primera persona que abre el relato desaparece después

tres grandes viñetas en las que la masa negra de una gran tormenta, la “oscura tormenta” de la que él mismo habló al comenzar su relato, engulle el barco en que navega. Así, lo que en principio puede dejar al lector la impresión de obra dispersa, constituida mediante la acumulación de materiales diversos, se va descubriendo como una trama bien medida en la que los motivos narrativos y visuales encajan como las piezas de una maquiñaria precisa.

Biografías coincidentes

Por lo demás, la biografía de su protagonista se parece bastante a la de los de libros precedentes: siempre personajes conducidos por un destino que los arrastra fuera de su ambiente de origen, en una huida sin norte que acaba enfrentándolos a la muerte y al sentido que quizás tenga su existencia. Luis Durán no se conforma con menos que esas preocupaciones fundamentales, que sitúan su obra en un ámbito de significación muy distinto de aquel en que operan por lo general los cómics, conformes con su modesto estatuto de pasatiempos.

Durán sitúa su historia, como las últimas que ha firmado, en un pasado impreciso, acaso el siglo XVI de los piratas. Pero la localización histórica no le interesa como tal, sino como herramienta de su invención: ese pasado no le importa como historia, sino como ámbito apropiado para que los recursos argumentales que le son gratos (la magia, la perplejidad ante el universo, el batallar de los individuos y no de las máquinas de matar) tengan su aplicación más verosímil y eficaz. Su pasado no es el de la Historia, sino el de la imaginación, y su territorio no es el de la geografía exacta del Caribe, sino el país de Nunca Jamás al que alude la cita de James M. Barrie que introduce en epígrafe al inicio.

Su dibujo le cuadra perfectamente a los mundos que imagina. Aunque el trazo de Durán es de entrada poco atractivo y sus figuras parecen planas y rígidas, evoca bien la imaginería medieval o las representaciones rústicas y elementales del arte popular tradicional. Pero, más allá incluso de esas referencias, ha sabido resolver los problemas de expresión a que se enfrenta en sus obras creando un estilo personal, perfectamente reconocible, alejado de cualquier cliché y que plasma en sus propios términos su mundo personal. En *Antoine de las tormentas* usa mucho más que en títulos precedentes las masas negras y los fuertes contrastes de luz y sombra, con lo que define un universo sombrío, poblado por fuerzas que sobrepasan las intenciones y voluntades de los protagonistas. Con esta obra de trama apasionante y densa, Luis Durán se sitúa definitivamente entre los primeros autores de la narración gráfica de nuestros días, en su idioma y en cualquier otro.

Luis Durán: *Antoine de las tormentas*, Astiberri, Bilbao, 2003. 158 páginas.

Juan Manuel Díaz de Guereñu